

Tercer lugar**Título: El frasco equivocado****Autor: Yael Alcántara Garibay***(13 años, Ecatepec, Estado de México)*

El frasco equivocado

Entreabro los ojos pero aún siento pesados mis párpados, por lo que supongo que acabo de despertar, reafirmo mi hipótesis con la cotidiana y molesta ráfaga de luz distorsionada que se cuele a mis ojos tratando de despertarme, pero que mis aún adormilados cinco sentidos parecen no percibir.

Mi nombre es Gustavo y últimamente digamos que me he sentido un tanto indeciso respecto a mi vida; he llegado a ese punto en el que cualquier otro adolescente de 16 años se pregunta constantemente qué se supone que debería hacer.

No sé si esta es la parte a la que los profesores insisten en llamar “cambio”, pero me estoy hartando de ello y del juego de reglas que conlleva para ser un buen alumno. Pero ese no es el punto, últimamente todo me resulta tan frío, tan previsible: las respuestas de mis padres, las conversaciones entre mis amigos, la escuela, la boleta, la ropa, todo.

Han pasado 30 minutos desde que me desperté, lo que significa que voy camino hacia la escuela, con el ya excesivamente usado uniforme color azul, pero que da la sensación de un gris amargado de oficinista. Voy con la usual mochila “VANS” y el cabello que representa que no me importa peinarme, pero que lleva 20 minutos colocar en su lugar y dos gramos de cera en mi cabello café claro.

La escuela cada vez la siento un poco más estresante, tal vez es mi estado anímico que está tres metros bajo tierra o el hecho de que realmente dejan bastante tarea. Si tengo que ser honesto, he estado pensando en consumir algunas sustancias, que para no sonar mal digamos que son sólo inapropiadas.

No es como que mis parientes o amigos cercanos hayan sido influenciados de alguna manera hacia las drogas; sin embargo, un compañero de la escuela llamado Jorge me ha estado ofreciendo esas sustancias y parecen hacerlo bastante feliz, algo que me vendría bien es estos momentos.

Estoy en clase y escucho mi nombre de una voz aguda y un poco molesta. De cualquier manera volteo y digo:

–Qué quieres Jorge.

–Tranquilo gruñón, ¿has considerado lo que te dije?

–Creí haberte dicho que no necesito tus “vitaminas”, ¿es que acaso no fui lo suficientemente claro?

–Lo tomaré como un “lo he considerado”.

Preferí simplemente no contestar a las provocaciones de una persona que a duras penas llega a comprender qué es el petróleo, así que sólo seguí anotando y esperando que no volviera a llamarme.

Llegó la hora del descanso y me dirigí hacia mis amigos Edwin, Meredith y Marco.

–¿Qué te dijo Jorge en la clase?–, me preguntó Meredith mientras levantaba la ceja y me miraba fijamente con esos ojos azules particulares de ella; –De seguro le dijo puras tonteras como siempre– contestó Marco antes de que siquiera pudiera yo pensar en mi respuesta; –Nada importante, simplemente quería que le pasara mi apunte–, mentí. No fue algo de lo que me sintiese orgulloso, me apenaba el hecho de sentirme tentado a aceptar su oferta. Pasó el descanso sin que nada sorprendente o interesante ocurriera.

Al final del día me acerqué a Jorge y le dije:

–Creo que aceptaré tu oferta.

–Lo sabía, tienes mucho estrés, las dejé junto a tus vitaminas para los granos en tu casillero.

–Primero, no es para granos, necesito vitamina C, menso; segundo, cómo abriste mi casillero.

–Soy mago... y usé un martillo– dijo despectiva y arrogantemente lo cual me disgustó, aun sabiendo que él era así. Lo miré fijamente durante un tiempo, que parecía prolongado, pero realmente pasó en un abrir y cerrar de ojos, después solo me marché y llegué a mi casa.

Dieron las seis de la tarde y había tanto silencio que podría decirse que escuchaba mis propios pensamientos, hasta que repentinamente el timbre de mi casa sonó, así que me dirigí lentamente hacia la puerta y la abrí aún más lentamente, como si estuviera en una película de suspenso, ahí me encontré con Edwin.

–Hola– me dijo mientras observaba el entorno que lo rodeaba.

–¿Qué pasó Edwin– le dije con sorpresa de encontrarlo en mi puerta.

–Je, nada importante, sólo vine a decirte que va a haber una fiesta mañana por la noche en la casa de Marco y creo que me está saliendo un grano, ¿Mañana me prestarías tus vitaminas para granos?

–¡Qué no son para granos! Pero si quieres toma dos mañana en la mañana.

–Gracias Gus, nos vemos mañana.

–Sep– le contesté mientras cerraba la puerta.

Pasó toda la noche y la mañana anterior sin nada trascendental. Llegó la noche y todos estábamos en la fiesta bastante animados, hasta que Edwin, que solía ser muy reservado, comenzó a comportarse como un niño pequeño que recibió tres barras de chocolate, seis cafés y tres de esas bebidas disque energizantes, que resultan ser un bomba para el estómago.

La noche transcurrió entre baile, canto y risas, lo cual verdaderamente gocé, hasta que Edwin de un momento a otro se desplomó como si hubiera sido electrocutado, así que lo cargué y lo llevé al hospital más cercano.

Pasó más de una hora y yo seguía nervioso; en el fondo sabía lo que sucedía con Edwin. Me temblaban las manos, por lo que fui a uno de esos “Starbucks” en los hospitales y pedí un café. El café no fue de mucha ayuda para tranquilizarme, incluso traté con esos ejercicios de respiración profunda, pero lo único que conseguí fue que mi ritmo cardiaco disminuyera.

Los nervios, la rabia y el estrés invadieron mi cuerpo, mi cabeza estaba por estallar y me sentía atrapado dentro de ese sombrío hospital, el sudor corría por mi frente y sentía cómo lentamente mi garganta se secaba, hasta que una voz me sacó de mi trance. –Señor Robles, creo que debería acompañarme, su amigo acaba de despertar– miré fijamente al doctor sin emitir sonido alguno, solo asentí y lo seguí hasta donde se encontraba mi amigo.

–Gustavo, ¿eres tú?, ¿dónde estoy?, lo último que recuerdo fue estar en la fiesta y desplomarme al suelo.

–Estás en un hospital.

–Me siento horrible, nunca creí que bailar fuera tan doloroso.

–Tengo malas noticias, esas píldoras que tomaste no era vitaminas.

–¡Qué eran!–, me dijo realmente asustado.

–Eran píldoras para acelerarte.

–¡Oh, Dios mío! ¿Soy un drogadicto?

–¡No! ¡No! Siento lo que pasó, pero me ofrecieron estas pastillas que me mantendrían despierto, tenía mucho estrés con los exámenes cerca y la práctica de natación. Sólo te puedo decir que gracias a eso, un ser muy cercano a mí podría estar muerto ahora– dije tartamudeando mientras las lágrimas se salían incontrolablemente de mis ojos.

–Está bien–, dijo mientras se levantó y me dio una palmada en la espalda. – Después de todo no sería tu amigo si no tuviera que aguantar cosas como estas–, me dijo sarcásticamente mientras sonreía, las lágrimas aún salían de mis ojos, lo abracé y lo ayudé a llegar a su casa.

Y así fue como poco a poco, a base de esa experiencia, me percaté de que lo único que necesitaba para ser feliz... ya lo tenía.

